

MODELO EDUCATIVO ALTERNATIVO. BASES DESDE LA FILOSOFÍA DEL RECONOCIMIENTO

Elsa González-Paredes¹
Gumersindo Vera-Hernández²

Fecha de recepción: 4 de noviembre de 2016
Fecha de aceptación: 25 de mayo de 2017

Resumen - Ante una sociedad cada vez más diferenciada y en crisis de valores, ¿cómo podría la educación contribuir a la construcción de un proyecto de vida común en el que se respete la diferencia y la libertad?, ¿cómo puede ser un instrumento para la formación en la toma de decisiones? y ¿cómo constituirse en principio para lograr la igualdad y la equidad? Estas interrogantes nos invitan a abordar el fenómeno educativo desde la mirada de la filosofía y su pregunta por el Ser (Heidegger, 2000; Sartre, 2006), el Ser intersubjetivo que sólo tiene posibilidad de formación a través de la mirada del Otro y de su reconocimiento. El propósito de esta reflexión es brindar las bases filosóficas para la realización de un modelo educativo alternativo que conduzca a la construcción de una educación con sentido, que delimite las directrices de formación del ciudadano libre como núcleo de la nueva sociedad política desde la filosofía del reconocimiento.



Palabras clave:

Educación, filosofía del reconocimiento, formación, ética, modelo alternativo.

Abstract - Faced with an increasingly differentiated and crisis of values in society, how could education contribute to the construction of a project of common life where difference is respected and freedom?, how can be a tool for training in making decisions? And how the principle for equality and fairness? These reflections invite us to address the educational phenomenon from the perspective of philosophy and the question of Being (Heidegger, 2000, Sartre, 2006), the inter- Being is only possible formation through the eyes of others and their recognition. The purpose of this discussion is to provide the philosophical basis for the realization of an alternative education model for building a meaningful education that outlines the training guidelines of the free citizen as the core of the new political society from the philosophy of recognition.



Keywords:

Education, philosophy of the recognition, formation, alternative model.

¹ Doctora en Antropología por la ENAH. Profesora investigadora adscrita a la carrera de ICE en el Instituto Politécnico Nacional-ESIME Culhuacán.

² Maestro en Historia por la ENAH. Profesor investigador adscrito a la academia de Ciencias Sociales de la Carrera de Computación en el Instituto Politécnico Nacional-ESCOM.

Retos para un modelo educativo de formación ética y participativa

La transformación de las condiciones socioexistenciales requiere de la modificación radical de los sistemas de enseñanza, que permita la creación de una cultura de desarrollo humano que posibilite el cambio de la sociedad. Este nuevo tipo de educación necesita de la politización de los actores que en ella intervienen, de la toma de conciencia de lo que su participación y organización significan, puesto que:

conocer un objeto es tenerlo en mi representación, por lo cual conocerlo es conocerme en él. Como dice Hegel, detrás del telón no hay nada que ver, porque ese telón no existe, pues yo estoy en el objeto que conozco o el objeto está en mí. La conciencia es autoconciencia (Dri, 2009, p. 49).

En este sentido, el proyecto alternativo de educación demanda acciones que viabilicen la formación política de los nuevos ciudadanos que la sociedad reclama, hombres renovados, comprometidos, creativos, críticos, pensadores de la convergencia y protagonistas de la divergencia que hagan posible la construcción de nuevas estructuras sociales. El hombre sólo comprende en cuanto crea y al mismo tiempo se construye a sí mismo en la autoexpresión creadora; sin embargo, la expresión creadora es importante no sólo porque lleva en sí la autorrealización del yo y la transformación de la realidad, sino por la relación que guarda con la adquisición del conocimiento.

El proyecto educativo no consiste en buscar la manera de adaptar al sujeto a las condiciones existentes, sino en brindar herramientas epistemológicas para que éste sea capaz de crear respuestas que permitan resolver las contradicciones que obstaculizan el desarrollo, para el bienestar de una sociedad diferente (Lipovetsky, 2000). Se trata de un quehacer político que persigue dentro del proyecto educativo instaurar una racionalidad diferente.

Este proyecto político-pedagógico ha de centrarse en los fines, más que en los medios, definir los porqués

y para qué antes que los cómo; ello significa educar para la democracia y en la democracia, proponiendo relaciones democráticas y participativas; educar para la libertad y responsabilizarse por las decisiones tomadas en la autogestión; educar en la comunicación, posicionándose en el diálogo y la escucha; educar en el reconocimiento, teniendo como marcos la justicia y la esperanza, y de esta manera establecer relaciones sociales significativas.

Todo cambio social importante debe acompañarse de una pedagogía alternativa que garantice un proceso educativo cada vez más participativo y democrático. Este proyecto pedagógico sólo puede pensarse visualizando un tipo de hombre específico que se construya en y con su medio; un hombre en íntima conexión con su mundo a partir del cual pueda relacionarse y dialogar, estableciendo interconexión con los problemas de su tiempo y tomando conciencia de ellos; uno reflexivo y creativo, consciente de su devenir social.

Es bajo el prisma de este proceso, en este devenir, en este caminar, en este hacer historia, como deben enfocarse y medirse las opciones personales. Sólo en esta óptica se dará una orientación racional de la existencia y se podrán tomar decisiones adecuadas en el marco del desarrollo social (Gutiérrez, 2008, p. 83).

El individuo crítico, participativo y creativo que buscamos para la sociedad deberá construirse en las relaciones dibujadas en el aula, será fruto del diálogo y de la comunicación como encuentro de personas mediatizadas por la necesidad de transformación de su propia existencia.

Formación ética para una educación en el reconocimiento

El ser humano es fundamentalmente proceso, dinámica en formación, sujeto en educación permanente; por ello las sociedades han creado instituciones educativas, para imprimir rumbo y dirección al fenómeno educativo y perpetuar sus formas de relación con las generaciones

siguientes. De igual manera, para Hegel el objetivo primordial de la educación pública era la formación, entendida como humanización razonada, es decir, como eticidad articuladora de la comunidad.

Hegel dedicó gran parte de su tiempo a la cuestión educativa en su obra *Fenomenología del espíritu*; la formación es un concepto central porque implica devenir. Ser sujeto, entonces, es hacerse sujeto como actor individual y colectivo; cambiamos, nos transformamos, nos formamos y autoformamos en y por las mediaciones, en el reconocimiento de lo que nos es común.

En comunidad, la educación es la experiencia de lo otro, pero también y -sobre todo- es acción del sí mismo, es deseo y anhelo de libertad que sólo es posible en la libertad del ser.

El sujeto pensante, como el creador de conceptos universales, es necesariamente libre, y su libertad es la esencia misma de la subjetividad. El signo de esta libertad esencial es el hecho de que el sujeto pensante no se haya atado a las formas inmediatamente dadas del ser, y sea capaz de trascenderlas y cambiarlas de acuerdo con sus conceptos. La libertad del sujeto pensante implica, a su vez, su libertad moral y práctica (Hegel, 2008, p. 138 ss).

Es aprender a ser sujeto en la acción sobre sí mismo, creación de la conciencia libre que pasa por la lucha y por el reconocimiento, lo cual ocurre cuando, por ejemplo, en los conflictos sociales un delincuente lesiona a las personas en su derecho, rompe la eticidad natural, en ese momento obliga a la emergencia de una disposición a reconocerse recíprocamente como común que son en la eticidad racional, ante el derecho y la moral éticos; no obstante, reconociéndose al mismo tiempo como personas plenamente individualizadas. Axel Honneth sugiere que en esta perspectiva Hegel muestra cómo las estructuras del reconocimiento elemental son destruidas por actos de alienación negativa de libertad y al mismo tiempo sólo por tales actos destructivos pueden crearse las relaciones éticamente maduras

de reconocimiento, bajo cuyo presupuesto puede desarrollarse después efectivamente una "comunidad de ciudadanos libres" (Honneth, 1997, p. 36). De manera que es el conflicto como un dispositivo social que obliga al reconocimiento.

El modelo de reconocimiento de interacción social permite la constitución de esta comunidad, se afirma bajo el movimiento dialéctico entre la intuición y el conocimiento, que ofrecen como análisis una forma reflexiva de relaciones recíprocas que se coloca por arriba del reconocimiento cognitivo-formal, ofreciendo el carácter afectivo, que de acuerdo con el esquema de estadios de reconocimiento de Honneth, se encontrarían en el momento del reconocimiento del individuo en la familia y que en coexistencia con el modo cognitivo-formal del momento del espíritu determinado por la sociedad civil, permitirán el conocimiento reflexivo, donde la intuición deviene afecto racional, solidaridad que se concreta en el Estado. Con esto, Hegel ya ha dejado atrás la idea de desarrollo conflictivo de estructuras elementales de la eticidad natural, para concentrarse en el proceso de constitución del espíritu como totalidad, donde coinciden y se confrontan los espacios mediadores, que son lenguaje, autoconciencia subjetiva y mismidad, por un lado; y propiedad, conflicto y reconocimiento, por el otro.

Es la viva experiencia de reconocerse en el Otro, encuentro de conciencias; al mismo tiempo conciencias encontradas y en este movimiento negativo motivado por el conflicto de intereses entre las subjetividades, puede saberse de sí y saber del Otro, resultando de ello que cada uno es una totalidad fenoménica, presencia provocativa que exige reconocimiento, que puede darse o no, dependiendo de la valoración de la totalidad que la conciencia subjetiva hace de la totalidad interpeladora.

En esta emancipación, el sujeto singular atento de sus propios intereses es empujado a una lucha por el reconocimiento mediante un proceso relacional que marca una fuerte socialización y hace a un tiempo a los individuos devenir conciencias autónomas y racionales,



fortaleciendo los sentimientos identitarios de su comunidad subjetiva.

El proceso de formación intelectual que resulta de las operaciones conceptuales y categoriales es que cada sujeto asume una conciencia de la totalidad; en este sentido, la teoría política del filósofo alemán adquiere el carácter analítico de la formación del individuo para la sociedad, bajo una idea intersubjetiva procesual del hombre.

Mediante la categoría de *bildung*, Hegel nos ofrece la posibilidad de pensar en una pedagogía crítica, problematizadora, capaz de formar en la libertad y la autonomía bajo el amparo del razonamiento, pero en pleno ejercicio de reconocimiento del Otro. Al producir ciudadanía reconciliada -lo que Hegel llama eticidad, relación intersubjetiva, superación del conflicto, diferencia reconciliada-, el resultado no puede ser otro que el de la conformación de una ciudadanía crítica que trasciende su singularidad mediante la negación propia en el reconocimiento público, donde se constituye el espacio educativo dentro de un orden necesariamente ético y público.

La mera vida moral no es la finalidad de nuestro filósofo alemán, ello quedaría en el plano de la conciencia ingenua, o en este caso, de la moral ingenua; se trata de un sistema, de su sistema racional de determinaciones conformada por instituciones y leyes, que constituyen el campo donde la libertad puede concretarse, hacerse objetiva; es decir, en el lugar donde se entablan las relaciones subjetivas, esto es, la comunidad política.

De modo tal que los deseos, pasiones, la estética, las tradiciones, las convenciones sociales están marcados por el sistema racional que los determina, pero al mismo tiempo éstos le otorgan sentido al todo.

La eticidad está en la esencia de la comunidad, no le es ajena, es por la racionalidad objetiva que los individuos se conocen y se reconocen. Se encuentra en la libertad subjetiva formada en la comunidad como manifestación del *bildung*, en ella se enlazan el conocimiento, los ideales que constituyen y dirigen la vida de la comunidad.

El pensamiento abstracto posee, por consiguiente, un frescor vivo; nosotros lo percibimos en su ingenuidad, unida con el sentimiento personal y con la individualidad de las circunstancias de las que surge; él posee, por consiguiente, la claridad y la inteligibilidad peculiares.

Así como la forma posee esta plenitud de lo concreto, así también posee el contenido, y ciertamente él concierne a la vida humana en general y sobre todo a la vida pública. Lo que según la índole de los tiempos recientes se ha sustraído a nuestra intuición y a nuestra participación, las pasiones, los hechos y los esfuerzos de los pueblos, las grandes relaciones que constituyen la cohesión del orden civil y moral sobre la que reposa la vida de los Estados, la condición social (el interés) y la actividad de los individuos (Hegel 1991, p. 119).

En el sistema ético-racional de Hegel, los individuos no actúan por su cuenta, su libertad es vinculante, se conducen desde la ética, orientados por los lazos morales y políticos del universo; es por eso que el hombre alcanza su libertad en el objetivo racional universal. La eticidad es el fundamento de sentido del Estado, es decir, de la totalidad, de los momentos del espíritu, la que permite el desdoblamiento de la comunidad social en comunidad política, que de acuerdo con la lectura que Paul Ricoeur hace de Hegel, el reconocimiento sobreviene con las relaciones del derecho. El derecho es reconocimiento recíproco (Ricoeur, 2013, p. 230), por medio de él se articulan los seres autónomos, por él se instaure una comunidad social como comunidad política.

La educación política es una condición necesaria para la democracia, es la estructura moral de mayor alcance por medio de la cual los sujetos se desarrollan como ciudadanos con carácter moral y capacidad de juicio público. Por ello, una pedagogía con carácter político deberá ser una prerrogativa fundamental en la creación de iniciativas públicas de índole educativa.

Conclusiones

La educación tiene una capacidad intrínseca de cambio real y de transformación, pero para que ello ocurra, ha de sostenerse en políticas públicas racionales, culturales, políticas, financieras y democráticas. La propuesta que aquí se presenta atiende al vacío de proposiciones que fundamenten y orienten teóricamente el análisis y la creación de propuestas educativas de naturaleza alternativa respaldadas por la filosofía, específicamente por la filosofía dialéctica del reconocimiento de Hegel, que nos permite ver que el diseño de tales políticas no es una cadena armónica de eslabones, sino que cada etapa del proceso debe replantear las precedentes, cuya tarea será formar lo ya formado, problematizando y reelaborando, dándole nueva profundidad, estableciendo como meta las posibilidades y condiciones para alcanzar la conciliación de la libertad individual con una

comunidad fundada en una restaurada eticidad comunitaria (*sittlichkeit*). El proceso educativo oscila en un vaivén entre lo particular y lo universal, implica el momento de la alienación, pero lo supera, puesto que su labor consiste en que la conciencia puesta en el sujeto como algo extraño de lo que es él mismo se problematice y devenga propia conciencia que se realiza en la libertad, dentro de una vida comunitaria fundada en la eticidad. Sólo de este modo será posible pensar lo educativo desde una perspectiva emancipadora.

Referencias

- Dri, R. (2009). *La rosa en la cruz. La filosofía política hegeliana*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Gutiérrez, F. (2008). *Educación como praxis política*. México: Siglo XXI.
- Hegel, G. (1991). *Escritos pedagógicos*. Traducción y edición de José María Ripalda. España: Fondo de Cultura Económica.
- Hegel, G. (2008). *Fenomenología del espíritu*. Traducción de Wenceslao Roces y Ricardo Guerra. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2000). *El ser y el tiempo*. Traducción de José Gaos. México: Fondo de Cultura Económica.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Traducción de Manuel Ballester. Barcelona: Crítica.
- Lipovsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Traducción de Joan Vinyoli y Michèle Pendanx. Barcelona: Anagrama.
- Ricoeur, P. (2013). *Caminos del reconocimiento*. Traducción de Agustín Neira. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sartre, P. (2006). *El ser y la Nada*. Traducción de Juan Valmar. Argentina: Losada.